
EL PECADO Y LA NOCHE

ANTONIO DE HOYOS
Y VINENT



MADRID
RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANONIMA EDITORIAL
PONTEJOS, 3
1913

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. José F. Zabala.—Valverde, 40, Madrid.

INDICE

Las Ciudades Sumergidas
La Noche del Walpurgis
Hermafrodita

FICHAS ANTROPOMÉTRICAS

El Hombre de la Muñeca Extraña
Una Hora de Amor
La Santa
La Caja de Pandora
Los Cómplices
La Domadora

EL DEMONIO

Embrujamiento
Las Preciosas Ridículas
Madame d'Opporidol
Miss Decency
Ninón

La Noche.—¿Peligroso? Yo misma no sé cómo me las compondría si algunade estas puertas de bronce se abriesen sobre el abismo... Hay aquí, todoalrededor de esta sala, dentro de cada una de esas cavernas de basalto,todos los males, todas las enfermedades, todos los horrores y todas lascatástrofes que afligen a la humanidad desde el comienzo del mundo.¡Bastante trabajo me ha costado encerrarles con ayuda del Destino, y nosin trabajo mantengo el orden entre todos esos indisciplinadospersonajes!... Ya se ve lo que sucede cuando alguno logra escapar y sepresenta sobre la faz de la Tierra.

Mauricio Mæterlinck

LAS CIUDADES SUMERGIDAS

Agua, fuego, lodo. Quiméricas nubes de maravilla que dormís sepultadas por una venganza de la Naturaleza; ciudades en que florecieron los siete pecados, en que las manos bíblicas trazaron sus misteriosos conjuros y las voces de los Profetas fulminaron anatemas; ciudades de pecado y de abominación en que las cortesanas bailaron desnudas en los templos y las reinas se prostituyeron a los mercenarios; ciudades de leyenda en que reinó la Lujuria, en que los apóstoles fueron lapidados y la hija del Rey de Is evocó al Demonio. Los hombres os han hecho salir a la superficie, han arrancado la lava que el cielo escupió sobre vosotras, y cónicas, desnudas en vuestra liviandad, vais surgiendo en los lúbricos frescos de vuestros lupanares y en los libertinos mosaicos de vuestros baños patricios. Algunas veces, en las estancias recatadas de una habitación, surge una momia en un espasmo de lubricidad grotesca.

Y su gesto es el mismo gesto de siempre.

Y el Demonio ha vuelto a reinar sobre la Tierra.

LA NOCHE DEL WALPURGIS

I

—¿Will we go in?

—As you like.

Se miraron burlones y echáronse a reír. En los ojos de ambos brillaba el mismo deseo, la misma perversa curiosidad de seguir la aventura equívoca hasta el fin. Pese a los disfraces innobles que les sirvieran para, en las propicias promiscuidades del Carnaval, embarcarse con rumbo a aquella Citerea canalla, los

dos tenían una elegancia frívola, alada y aristocrática de personajes de la Comedia Italiana.

Bajo el blanco atavío de Pierrot (un Pierrot de percal, sórdido y sucio), conservaba Jimmi la nobleza de su figura vagamente andrógina, pero no afeminada, si no más bien pueril, resuelta y petulante, con una gracia de héroe niño o de arcángel insexuado. Eso era, un arcángel. El rostro correcto, voluntarioso; la boca pálida y sonrosada; los ojos azules, cándidos, luminosos, y los largos y lacios cabellos de oro que escapaban del gorro de punto negro, dábanle extraña semejanza con esos vagos ensueños del hermafroditismo cristiano. Revestido de larga túnica transparente y un nimbo de oro en torno a la cabeza, pequeña y bien moldeada, o pertrechado de argentada coraza, casco incrustado de pedrerías, flamígera espada entre las manos y grandes alas blancas, hubiese servido a un Sandro Botticelli o a un Filippo Lippi para uno de los ambiguos personajes que se yerguen sobre sus cándidos paisajes, un Gabriel amenazador o un vengador San Miguel.

Frente a él, Nieves Sigüenza, más actual, más perversa, más complicada, tenía un encanto ultramoderno, acre y voluptuoso de flor del mal, el inquietante encanto de esos iconos que asomando entre las vestiduras de oro muestran el rostro de marfil bajo su cabellera de negro jade. Era el suyo de una blancura de hostia, absoluta, cegadora, sin matices ni claros oscuros, sólo interrumpida por la sangrienta sonrisa de los labios, rojos como cerezas, gruesos, golosos, sensuales. Nimbando aquella eucarística palidez, la cabellera de ébano, pesada, espesísima, retorciéndose en pequeños rizos. Los ojos...

*...son regard qui voltige et butine
Se pose au bord de tout, prend a tout un
reflet.*

Sus ojos, grandes y luminosos, tenían bajo la sombra de las largas pestañas negrísimas, una líquida transparencia de ámbar. El contraste con las cejas aterciopeladas, de fino trazo, hacíanles aún más dorados, más claros, dándoles la cabalística apariencia de dos grandes y tostados topacios. Y aquellas pupilas de reina fabulosa miraban unas veces con burlesco descoco de pilluelo y reflejaban otras una melancolía casi dolorosa.

Y completando la figura frágil y graciosa de marquesa del siglo XVIII, en tren de aventuras, bajo el horrible capuchón de satín rosa, lazado de verde manzana, asomaban los detalles de la mujer elegante: los zapatos de terciopelo negro, hebillados de diamantes; las medias de transparente seda, las manos finas, blancas, cuidadas, de uñas como pétalos de rosa.

Tornaron a consultarse con los ojos y tornaron a reír. Al deseo que se leía en las pupilas de Nieves, respondían con su curioso deseo las de Jimmi. Se habían quitado las caretas, y con pueril inconsciencia, como si ignorasen los peligros que les rodeaban en el antro prostibulario donde su enfermizo e inquieto decadentismo les llevaba en busca de sensaciones raras, sin prestar mientes a la curiosidad que su presencia despertaba, ni leer los malos deseos—odios, concupiscencias, envidias, lujurias—que se asomaban en las miradas como se asoman los criminales a las rejas de la cárcel y las fieras a los barrotes de la jaula, reían alegres.

Los tres toreros, en pie ante ellos, esperaban su respuesta.

Eran tres figuras muy diferentes. *Joselete*, el matador, representaba el tipo clásico del espada, el torero que pintaron Goya y Lucas: bien plantado y arrogante, pero tosco y vulgar, bronceado de rostro, de pelo negro, áspero y rizado, ojos negros y brillantes y dientes blanquísimos de salvaje; el traje *de señorito* que vestía despegábase del cuerpo fuerte, musculoso, que perdía la mitad de su plebeya belleza encerrado en el antiestético atavío, y solo rimaban bien con su persona el grueso calabrote de oro que pendía sobre el chaleco, sosteniendo enorme herradura de pedrería, y las sortijas con gruesos brillantes ostentadas en las manos grandes y ordinarias. El segundo, *el Serranito*, era un torero de Zuloaga: alto, delgado, esbelto, casi aristocrático dentro del atavío gris claro, tenía una distinción un poco cansada de raza. Su rostro era enjuto, alargado, y en la morena palidez los ojos muy abiertos, grandes, negros y profundos como la noche—ojos de petenera o de saeta—, lucían melancólicos y soñadores con la serena tristeza del alma mora. Sobre la frente noble, libre del cordobés echado a la nuca, caían los sombríos cabellos, apenas ondulados. Por último, completaba la trilogía Pepe, *el Marrón*, el picador. Era el tal un bruto; ni en el rostro de gruesos bellos, chata nariz y frente estrecha, a que el pelo cerdoso, espesísimo, recortado en el centro y peinado en tufos sobre las sienas robaba toda nobleza, había el menor vestigio de inteligencia; ni en los ojillos pequeños, turbios y saltones, vivacidad ninguna; ni en la sonrisa que rasgaba los morrudos labios de negro cimarrón sobre los dientes sucios, negros, podridos por el tabaco, el alcohol y el mercurio, la menor simpatía. Era un animal salvaje que no pensaba sino en comer, dormir y las hembras. ¡Las hembras! A la evocación de la mujer sus labios se cubrían de saliva y sus ojos rebrillaban como los de los chacales en la noche. ¡Las hembras! Ninguna idea

sentimental, pasional, ni aun utilitaria, despertaba su evocación en él, sino tan sólo una lujuria feroz, rabiosa, exasperada, de fiera en celo. Vestía de corto, y el castizo atavío marcaba más lo innoble de su figura; cuadrado detorso, tenía las piernas y los brazos demasiado cortos, peludas y gruesas las manos, y el cuello de toro, ancho, formidable, con venas como sogas.

Como pasaba el tiempo y Nieves, en vez de responder, limitábase a mirarla su amiga y a reír luego, *Joselete* reiteró su invitación:

—¿Acepta usted?... La convío con *er* amigo a beberse una botellita de *Agustín Blázquez*.

Pero venía un chulo—un chulo clásico de los de la antigua escuela: traje perla, pantalón de talle, pañuelo azul al cuello y onda rizada sobre la frente, a sacarla a bailar:

—Oiga usted, joven... ¡como me diga que sí, nos vamos a marcar una polca usted y yo que ni los de la aristocracia!

Nieves ladeó la cabecita, estirando los labios con una mueca deliciosamente pueril, de chiquilla voluntariosa a quien ofrecen algo que desea, pero que quiere hacerse rogar. Y luego, de improviso, soltó el fresco chorro de su risa cristalina y echóse en los brazos de su improvisado galán, con una entrega absoluta, como si en lugar de la efímera posesión del baile, tratasen de otras más trascendentales posesiones; echóse con uno de esos impulsos de abandono frecuentes en ella y que le hacían semejar a esas gatas mimosas que gustan de la caricia, y al sentir la mano de su amo, cierran los ojos, esconden las suñas y se dan con una pasividad de muerte. Volviendo el rostro hacia sus interlocutores, ofreció:

—Vuelvo ahora mismo... Un par de vueltas...

Bailaban lentamente; el organillo, en un rincón, cantaba las cadenciosas notas de una polca popular—uno de esos números zarzueleros que se pegan al oído y que tararean las modistas al ritmo de la máquina y las cocineras acompañadas por el chisporrotear de los sarmientos al quemarse—, y Nieves, a los lánguidos acordes de la música, se movía con ritmo voluptuoso. El chulo mantenía uno de los brazos rígido, sosteniendo en su mano abierta la de su pareja, mientras que con la otra, colocada un poco más abajo de la cintura frágil de la dama, la oprimía contra sí. Danzaba pausadamente, muy serio, la cara casi contraída por la atención, los ojos en alto, como si desempeñase papel importantísimo en algún sagrado rito. Danzaba muy despacio, marcando el compás con todo el cuerpo, deteniéndose un instante para, al atacar el piano de manubrio una nota más viva, girar rápido y recomenzar otra vez el lento balanceo. Nieves reía ante la gravedad de su pareja, tratando de distraerle y de hacerle perder el compás. Sus ojos pícaros buscaban los del galán, y sus labios, purpúreos y codiciables, se le ofrecían con impudor burlón.

Pasaban las demás parejas—chulos pálidos, descoloridos, la color enfermiza y los ojos grandes y tristes de bestias de amor, cernidos delibores; señoritos achulados, guasones, chabacanos; horteras decursilería agresiva, presumiendo de chulos, de Don Juan y de elegantes; artesanos de una alegría ruidosa, grosera, molesta, llevando entre sus brazos hembras de enjalbegados rostros, en que el bermellón de los labios formaba un contraste casi macabro con el albayalde de las mejillas—; y los miraban curiosamente, con ironía un tanto despectiva.

Los amplios salones de «La Dalia», *sociedad recreativa de baile*, hallábanse de bote en bote. Bien acreditados estaban los festejos que en honor de madama Terpsícore verificábanse en el local; famosos eran los *grandes bailes* con que celebraban Gervasio, *el Rubio*, y Froilán Cascajares, *el Chicuelo*, su beneficio; bailes que ellos, con singular galantería (y advirtiéndole que el ambigú corría por cuenta de los organizadores), dedicaban «A las señoritas siguientes: a las hermanas Frascuelo, a Rosario (la *Descarada*) y su hermana Petra, a Vicenta (la *Modista*) y sus tres primas, a Lucía R., a Juanita y su hermana Sinforiana, a Josefina Gómez, y a los señores siguientes: a los cuatro amigos de Gervasio, a Ramón (el *Chofer*), a la pareja de baile Fuentes-Oñoro, al distinguido matador de novillos-toros *el Pelusa*, a Diego y Nemesio y a Don Romualdo Cazorro y a toda su distinguida clientela.» Pero aquel no era un baile así como así, sino un festejo de carnaval, un *Gran baile de trajes*, organizado por la *Sociedad recreativa El Jipi-Japa*, y dedicado a todas las *artistas de varieté* y camareras de Madrid, y como tal, la concurrencia, además de numerosa era de *élite*.

Las dos grandes salas que formaban *la sociedad* hallábanse adornadas para tan trascendental acontecimiento, además de las bombillas eléctricas (pocas y de no muy rutilantes resplandores), y de los carteles de toros que, pegados sobre el papel oscuro, con flores doradas de los muros, constituían el habitual decorado, por policromas guirnaldas, tejidas con cadenas de papel, cruzadas en todas direcciones. En el primer salón hallábase la cantina (*ambigú* llamábanlo pomposamente), con cuantos bebestibles inventaron la naturaleza y la química, y en el segundo el organillo, y a su lado Serafín, *el de la Polita*, que muy fachendoso, con su abotinado pantalón tórtola y sunegra

americana de altas hombreras, no cesaba de dar vueltas almanubrio.

Los disfraces eran pocos y vulgares, y si de algo pecaban, no podía decirse ciertamente que fuera de lujosos. De hombres apenas veíase algún horterilla vestido de patudo bebé, o tal cual tendero de comestibles, que en plena madurez ya, desahogaba su vehemente necesidad de hacer el burro, escondiendo la redonda panza en astrosa indumentaria de diablillo, ocultando el curtido rostro, de grandes bigotes negros, en una careta de perro, arrastrando mugriento rabo y adornando su frente con dos cuernos (además de los que por clasificación le correspondían) de pelote y percalina. Con el sexo débil ya era otra cosa. No que abundasen los disfraces, pero los que había presentábanse más limpios y cuidados que los masculinos. Fuera de unos cuantos trajes de niño chico que permitían lucir las pantorrillas a sus dueñas, de un par de atavíos de torero entrado de calle que servían para mostrar formas de exuberancia tentadora, de algún disfraz de albañil que hacía las veces de válvula al androginismo grosero de tal cual prójima, lo que dominaba eran los mantones de Manila. Las arreboladas rosas, los purpúreos geráneos y los claveles de color de fuego envolvían los cuerpos, que bajo el gayo iris y entre los pliegues blandos, suaves, moldeadores del crespón, aparecían más garbosos, más finos, más llenos de ritmo y elegancia. Y entre aquella orgía de colorines, los rostros asomaban con una inquietante semejanza de combinación de espejos cóncavos y convexos. Efectivamente, fuera de unas cuantas mujeres que, sudorosas, despeinadas, el moño torcido y las ropas en desorden, bailaban, denunciando en su falta de gracia, en la torpeza de sus movimientos tardos y pesados y en su antiestética indumentaria, su calidad de criadas o

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

